

MADRES y Buitros PISTACHOS

Raquel Miquel + el Rubén



Cuento para niños entre
6 y 12 años sobre el
Respeto a la diversidad
sexual.



Autora:

Raquel Míguez

Ilustrador:

El Rubencio

Coordinan:

María Capellán Romero,
Leticia Cardenal Salazar,
Virginia Romero Pinto,
María Sánchez Martín,
Camila Mercado
Lola Ramírez Álvarez,
Montse Ramírez Álvarez

Edita:

CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:

Diciembre 2024

Diseño y maquetación:

El Rubencio

Imprime:

IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:

María Capellán Romero, Leticia Cardenal Salazar, Virginia Romero Pinto, María Sánchez Martín, M^a Ángeles Gil Hita, Miguel Ángel Sanz Gómez, Celia Ferrón Paramio, Cristina Conti Oliver, Marian Álvarez Díaz, José Manuel Torre Calderón, Cristina Prados Arroyo, Mónica Alonso García, Daniel Butti Julià, Hadduch Marzok Mohamed, José David Barroso Durán, Rogelio Carballo Solla, Ángela Sesto Yagüe, Juan Manuel Casares Rey, M^a Isabel Maldonado Zambudio, Javier López Hernández y Rubén Pacheco Díaz.

Madres Buitros y PISTACHOS

Cuento para niños entre
8 y 12 años sobre el
Respeto a la diversidad
sexual.

Ilustrado por:

Escrito por:

Raquel Míguez + el Rubén



Confederación Española de Asociaciones
de Padres y Madres del Alumnado

INTRODUCCIÓN

Siguiendo la trayectoria de **CEAPA** en la promoción de valores de respeto y empatía, continuamos editando cuentos como herramientas para sensibilizar a los niños y niñas de entre 6 y 12 años. Este cuento forma parte de una serie de iniciativas diseñadas para apoyar a las familias en la educación de los más jóvenes y, en esta ocasión, se enmarca como una continuidad de la campaña ***Para Gustos, los Colores***, lanzada en el año 2021.

La diversidad sexual debe ser abordada de manera transversal en nuestro sistema educativo, proporcionando tanto a docentes como a familias las herramientas necesarias para tratarla con respeto, confianza y sin prejuicios. Este cuento tiene como objetivo facilitar el entendimiento de conceptos y valores relacionados con la diversidad sexual y los derechos de todos los niños y niñas, ayudando a crear un entorno de aceptación y comprensión.

Creemos que el lenguaje accesible de los cuentos es un medio ideal para enseñar actitudes, valores y principios sobre el respeto a las diferencias y la igualdad. Además, el cuento es una excelente oportunidad para reunir a la familia en torno a una actividad compartida, transformándola en un espacio para fomentar la comunicación positiva y calidez emocional, clave para la educación de nuestros menores.

Con el objetivo de facilitar la comprensión de este cuento, aportamos una serie de preguntas que podéis formular a vuestras hijas e hijos para fomentar el diálogo y reforzar ideas positivas.

¿Quién era Benito?

¿Cómo se llamaban las mamás de Leo?

¿Conoces alguna niña o niño que tenga dos mamás?

¿Qué has aprendido de este cuento?

Acompáñanos en esta aventura llena de risas, amistad y sospechas, donde aprenderemos que la diversidad es lo que hace que el mundo sea un lugar hermoso y que, al final del día, lo más importante es ser uno mismo y celebrarlo con los demás. ¡Bienvenidos a madres, buitres y pistachos!

*Creí que en esta casa no cabía más luz,
entonces amaneció Mauro.*





—¡Leonardo! —me llamó mi vecino Benito desde el piso de abajo—. ¡Leonardo!

Yo estaba solo en casa, dibujando, mientras esperaba a que mis madres volvieran del trabajo.

Mi nombre es Leo, pero Benito siempre me llama Leonardo. Y no es porque le falle la memoria ni nada de eso.

—¿Leo? —me preguntó hace dos años, el día que nos conocimos—. ¿Se puede saber qué nombre es ese?

Yo me encogí de hombros porque no supe qué responder. A mí Leo me parece un nombre normal,

pero Benito no opinaba lo mismo.

—Leonardo, niño, Leonardo —insistió aquel primer día, con el dedo gordo enganchado en su cinturón de cuero—. Será Leonardo.

Luego refunfuñó algo sobre las tradiciones y los inventos modernos, se dio media vuelta y cerró de un portazo.

Nos acabábamos de mudar, aún no conocía a nadie en el barrio y pensé que iba a ser un rollo vivir en esta casa.

Por suerte, no todos mis vecinos son como Benito. Por ejemplo Marco, el del ático, es actor y supersimpático. Lleva las uñas pintadas de negro, se tiñe el pelo de amarillo y a veces le ayudo a ensayar sus personajes.

En el Primero B vive mi amiga Julia. Julia es genialísima. Vamos al mismo colegio, se le dan de miedo las matemáticas y a veces quedamos para hacer los deberes.

—¡Leonardo! —atronó de nuevo Benito desde el piso de abajo.

Yo seguí dibujando mi cartel. Como si no le oyera. Mis madres me habían dicho que me hiciera el sordo si no me llamaba por mi verdadero nombre.

—¡Leonardo! ¡Baja ahora mismo!

Pero es que con Benito es imposible hacerse el sordo.

Dejé los lápices, abrí la puerta y me asomé por el hueco de la escalera. Ahí estaba, plantado en medio del patio, con los dos dedos gordos enganchados en su cinturón, justo por debajo de la barriga.

—¡Han vuelto a dejar tu pedido en mi puerta!

Bajé los escalones de dos en dos.

—¿Os creéis que mi casa es un almacén? —me señaló el suelo—. ¡Dos cajas! ¡Y del tamaño de una lavadora! No entiendo para qué compra tu madre tantas cosas.

Cuando se enfada, Benito frunce el ceño y se le forma una eme entre las cejas que yo no puedo dejar de mirar.

—Dile a tu desmemoriada madre que su piso es el Primero A —refunfuñó, mientras un lápiz invisible dibujaba la eme mayúscula de su entrecejo—. ¡Primero A, Leonardo! Este es el Bajo A, que es donde vivo yo. Que se aprenda vuestra dirección de una vez, si no quiere que tire sus encargos por la ventana.

Me dieron ganas de coger la caja más grande y ponérsela delante de la nariz.

«Aquí pone “Fernanda Ortega, Primero A”, ¿lo ve, señor Malaspulgas?, “¡Primero A!”».

Eso solo lo grité dentro de mi cerebro. Una de las normas de mis madres es respeto máximo a las personas mayores. No se les grita, no se les insulta. Se les escucha con paciencia y se les contesta con educación. Son las reglas de mi familia para tratar con los mayores. Y Benito es más viejo que los abuelos de mis abuelos, así que me aguanté las ganas de contestarle como se merecía.

—Ahora me las subo —fue lo único que dije.

Pero canturreé por lo bajo la canción secreta que me inventé con mis amigos.

Be-Be-Benito, tomate frito

Solo sabe molestar

Be-Be-Benito feo y chulito

Un día te vas a enterar

Se canta con la música de «La cucaracha» y es obligatorio hacerlo cuando Benito esté cerca y, por supuesto, sin que se entere.

—Y dile a tu madre de mi parte que compre en las tiendas —me soltó desde el arranque de la escalera—. Y que se traiga ella misma el género, como se ha hecho toda la vida. Los de vuestra generación sois unos holgazanes.

Benito me habla de «nuestra generación» como si mis madres y yo tuviéramos la misma edad. Y por supuesto que mamá sabe perfectamente cuál es nuestro piso.

Solo que a veces pasan cosas, como que el telefonillo se estropea; que no estemos en casa o que el repartidor se equivoque y deje los paquetes en el Bajo A.

Tampoco es cierto que no compremos en las tiendas. Mamá va al mercado casi todos los días. La conocen en muchos puestos, en algunos desde pequeña, de cuando iba a hacer la compra con su abuela Agustina. De esa abuela heredó nuestra casa, que era un poco fea hasta que mis madres la arreglaron. Mamá me contó que cuando Agustina era joven, a la gente no le gustaba este barrio ni nuestro edificio. En cambio ahora todo el mundo se quiere mudar aquí. Hasta hay un fondo buitres que pretende comprar nuestras casas. Yo no sabía lo que es un fondo buitres, pero mamá habló de eso con el padre de Julia. Desde entonces me imagino a unos hombres-pájaro, con garras y capucha, que rodean los edificios de la ciudad para quedárselos. Y una vez soñé que entraban por la ventana de mi habitación. Fue una pesadilla horrible, de las que

te hacen sudar. Me desperté gritando y *nai* y mamá vinieron a tranquilizarme, me dijeron que nadie nos va a quitar nuestra casa.

Según mis madres, este barrio se ha convertido en una isla dentro de la ciudad, con un mercado de los de toda la vida, cafeterías de hace un siglo, dos librerías antiguas, una tienda de sombreros y hasta una de botones que fue de mi vecina Carmen y ahora es de una sobrina suya.

—¡No saben qué inventar! —protestó de nuevo el pesado de mi vecino cuando ya me subía la segunda caja—. ¡Qué perra con hacer cosas raras!

A continuación, un portazo.

Benito es un auténtico grano en el culo, la tiene tomada conmigo, aunque reconozco que hay algo en lo que lleva razón: a mamá le llegan un montón de paquetes. Es cocinera y antes trabajaba en un restaurante, pero ahora tiene un canal de internet, cocina en casa y se graba mientras prepara sus recetas. Por

eso las marcas le mandan tantos productos, para que los saque en sus vídeos y la gente los compre.

—¡Os vais a hacer ricos! —dice a veces mi amigo Hugo, que está obsesionado con la fama y el dinero. Le he explicado que no somos ricos, pero él se empeña en que, si no lo somos, lo seremos. No me escucha cuando le digo que mi madre solo utiliza ingredientes que pasan su filtro de calidad. Según *nai*, mi otra madre, lo que no supera el control de mamá: «A la basura, ricura, con tu tía Pura» (*nai* es gallega y, por si no lo sabes, «*nai*» significa madre en gallego).

—Dile a tus madres que te saquen en un vídeo —insiste Hugo—. Así te harás famoso.

¡Eso sí que molaría! Me gustaría ser famoso para chulearme en el colegio, firmar autógrafos y esas cosas de famosos, pero en mi casa me lo han prohibido. En eso están de acuerdo. Me han dejado clarísimo que mamá no me va a sacar nunca en sus vídeos.

—Ni famoso ni famosa, Leo. —dice *nai*, que se pone

sería cuando les insisto—. No vas a salir en las redes. Cuando seas mayor, si quieres, te abres tu propio canal. Mientras tanto, serás un niño anónimo.

Obligarme a ser un niño anónimo, además de injusto, es un error. Si me sacara en un vídeo saboreando, por ejemplo, sus garbanzos con langostinos, el canal de mi madre tendría muchísimos más seguidores. Pero nada, ni caso. A veces lo que les digo a mis madres les entra por un oído y les sale por otro. Me había sentado en el suelo para seguir con el cartel y en ese momento sonó el timbre. Era Julia.

—¡Ha desaparecido! —exclamó cuando abrí la puerta—. ¡Nos han robado un pez!

Tenía la cara como la manzana de Blancanieves. —¡Alguien ha secuestrado a Koi!

El robo de Koi, nuestro legendario pez japonés, fue la primera de una serie de catastróficas desgracias en el edificio.



TE CUENTO LO DE LOS PECES

Nuestro edificio es muy antiguo y tiene un patio en forma de «u» a donde dan todos los pisos. En el centro hay una fuente de piedra y en la fuente no había nada hasta que llegamos nosotros y *nai* pidió permiso a los vecinos para rellenarla de agua y meter peces. Al principio, no todos estaban de acuerdo. Preguntaban quién iba a cuidar a los peces, decían que darían mal olor, que se morirían y atraerían mosquitos y moscas al patio. Mis madres les prometieron mantener limpia la fuente y unas semanas después, los vecinos descubrieron que los peces molan bastante. Ahora los



cuidamos entre todos: Carmen y Emilio (los viejecitos del Primero C); los del Bajo B, que son Gertrudis y su hijo Juanito (un señor con nombre de niño); y por supuesto Benito, que adoptó a Koi como mascota y desde entonces se pasa el día cuidando de los peces. —¡Ojito con el koi! —nos advirtió a Julia, a Hugo y a mí cuando lo traje—. Es delicado, ni se os ocurra tocarlo, ¿entendido? No andéis metiendo las manos en la fuente.

¡Ni que fuéramos niños de cinco años! Ya sabemos que no se puede toquetear a los peces. Y menos a un legendario pez japonés. La leyenda cuenta que un koi saltó contracorriente una gran cascada. Al llegar arriba, como premio a su esfuerzo, los dioses lo transformaron en un poderoso dragón.

El caso es que Koi se convirtió enseguida en nuestro favorito. Tiene bigotes largos, el cuerpo blanco y un lunar rojo en la cabeza. Me recuerda a la bandera japonesa. A lo que no se parece ni por el forro es a un poderoso dragón.

—Leo, ¿me has escuchado? —Julia me sacó de mis pensamientos—. ¡Han secuestrado a Koi!

Me enganchó del brazo, me arrastró hasta las escaleras y luego, de puntillas, bajamos al patio. Los peldaños son de madera y crujen bastante cuando subes o bajas corriendo y no queríamos alertar a Benito.

Me asomé a la fuente y conté: tres peces cometa, un pez payaso, un pez cebra... faltaba Koi.

—¿Lo ves? —exclamó Julia—. ¡No está!

Inspeccionamos a fondo el patio, por si hubiera saltado y anduviera boqueando por ahí, a punto de morir. Pero nada, ni rastro de Koi.

—¿Se lo decimos a Benito? —me preguntó Julia.

—¡No! Ya me ha echado la bronca de hoy. Tenemos que encontrarlo.

Dimos otra vuelta por el patio y después de inspeccionar todos los rincones, nos rendimos. Estaba claro que alguien se había llevado a Koi.

—¿Qué hacemos? —Me miró con los ojos tan abiertos

como los de un pez—. Ya no sé dónde buscar.

—Vamos a mi casa —respondí—. Esperaremos a que mis madres vuelvan del trabajo. A lo mejor se les ocurre algo.

Crucé los dedos para que Benito no descubriera lo del secuestro antes de que llegasen *nai* y mamá. Nada más entrar, Julia sacó la libreta verde que lleva a todas partes.

—Anotaremos todo lo que ha pasado hoy y empezaremos una lista de posibles secuestradores.

Julia de mayor será periodista y los periodistas tienen que observar los acontecimientos que ocurren a su alrededor y apuntar todos los detalles. Y eso es lo que suele hacer Julia.

Mientras ella empezaba su lista, yo continué con el cartel. Lo del cartel era casi tan urgente como encontrar a Koi. Faltaba poco para el aniversario de nuestro edificio, íbamos a hacer una fiesta y a mí me habían encargado un letrero para decorar el patio.

Una de las ventajas de dibujar es que puedes hacerlo mientras escuchas música, hablas con tu madre o te exprimes el cerebro buscando al responsable del robo de un pez.

A Benito lo descartamos como secuestrador. Él había traído a Koi y lo quería como si fuese un perro. Carmen y Emilio, los viejitos del Primero C, son un poco antipáticos, pero le habían comprado a Koi unas galletas especiales en una tienda japonesa. No nos parecieron tan malos como para secuestrar a un pez. Marco es nuestro amigo, aunque eso no quita, pero tiene a su gata Mur, ¿para qué vas a robar un pez si ya tienes mascota?

Habíamos descartado a todos los vecinos, cuando, de nuevo, sonó el timbre. Corrí a la puerta con Julia pisándome los talones. Creí que serían mis madres, pero al abrir no había nadie.

Nos asomamos al descansillo y al patio. Tampoco allí vimos a ningún vecino.

—¿Qué es eso? —preguntó Julia.

Alguien había dejado en mi puerta una caja con un lazo rojo.

—Será un regalo —respondí.

—Un regalo un poco misterioso, ¿no?

Al entrar en casa estudiamos la caja a contraluz, por si el papel se transparentaba. Luego la agitamos y oímos un sonido suave, como un siseo.

—A lo mejor es para ti—dijo Julia, que no hacía más que escribir en su libreta.

Revisé la dirección:

Fernanda Ortega y Mariña Ferreiro

Calle María Magdalena, 8 - 1º A

Mariña y Fernanda son mis madres. El regalo no era para mí. Aunque brillara como las bolas del árbol de Navidad y me gritara: «¡Ábreme! ¡Ábreme!», no podía abrirlo. Otra norma de mi familia es que no se meten las narices en los asuntos de los demás y la caja roja no era asunto mío.

Por si sufría un ataque máximo de curiosidad que me obligase a deshacer el lazo y romper el papel, la coloqué en una esquina del salón, sobre las cajas que habían dejado en casa de Benito. Después le propuse a Julia que siguiéramos con nuestra lista hasta que llegasen mis madres.

Era martes. Los martes por la tarde, mamá va a Senior Chef, sus clases de cocina en un centro de mayores. Los alumnos son hombres que solo saben hacer sándwiches, salchichas y cosas así.

Nai también trabaja fuera los martes por la tarde. Los martes por la tarde, el Primero A es solo para mí y eso mola. Es genial pasar unas horas haciendo lo que te da la gana sin que nadie te moleste: ver series, poner música y bailar o inventar juegos con Julia. Pero esa tarde ocurrieron cosas demasiado intrigantes para pasar el tiempo mirando la tele.

Julia escribía en su libreta, mientras yo seguía con el cartel. Cada poco levantaba los ojos, hipnotizado por el regalo. Era del tamaño de una caja de zapatos

y parecía una de esas bombillas que parpadean para advertirte del peligro. Estaba deseando que llegasen mis madres y la abriesen, pero el tiempo se había convertido en una tortuga coja y avanzaba a cámara lenta.

Un siglo después del secuestro de Koi, oímos las llaves en la cerradura. Me levanté de un brinco, cogí la caja roja al vuelo y me abalancé sobre mamá, que llegaba de sus clases.

—¡Mamá, han secuestrad... !

No me dejó seguir.

—Un momento —me interrumpió—. Lo primero es lo primero, Leo.

Lo primero, cuando alguien llega a mi casa, es saludar. Lo segundo, dejar los zapatos en el zapatero de la entrada y lo tercero, contar cómo te ha ido el día.

Aunque me mola mi familia, fastidia vivir en una casa con tantas normas.

—¡Koi no está! —soltó Julia, que como no es de la familia se salta las normas y empieza a hablar cuando le da la gana.

—¿Cómo que no está? —preguntó *nai*, que había entrado detrás de mamá.

—¡Lo han secuestrado! —exclamé—. Hemos inspeccionado la fuente y el patio por todos sitios y no aparece.

Mamá abrió la boca y levantó las cejas.

—¿Y Benito lo sabe? —preguntó.

Negamos con la cabeza.

—No nos atrevemos a contárselo.

Nai dejó su portátil en la mesa y colgó su abrigo rojo en el perchero.

—¿Esto qué es? —mi madre se había fijado en las cajas grandes.

—No lo sé —respondí—, las dejaron en casa del vecino, pero mira esta...

Mamá chascó la lengua.

—¿Otra vez se han equivocado de piso? —me interrumpió, sin reparar en la caja roja.

Asentí, mientras la agitaba delante de sus ojos. —Esto ya me parece excesivo —protestó *nai*, al mismo tiempo que dejaba sus botas en el zapatero de la entrada—. Se equivocan un día sí y otro también. —¿Y Benito se ha enfadado mucho? —preguntó mamá. —¡Bah! —me encogí de hombros—. No tanto.

Estoy acostumbrado a Benito y ya no me impresionan. En el fondo no es tan borde, aunque cuando se cruza con Marco, mi vecino actor, le mira el pelo y niega con la cabeza mientras refunfuña una de sus frases sobre la vida moderna.

—¿Eso es un regalo? —Por fin, mamá había descubierto la caja roja.

Asentí.

—¡Es para vosotras! —exclamó Julia.

—Primero vamos a hablar con Benito —replicó *nai*—, tiene que saber lo de Koi cuanto antes.

Pero mamá negó con la cabeza.

—¿Y qué le decimos? No sabemos lo que ha pasado, los niños han descubierto que el pez ha desaparecido, pero no lo han encontrado... Se pondrá hecho un energúmeno.

Agité otra vez la caja roja delante de los ojos de mamá.

—No sabemos quién la trajo —expliqué—. Llamaron a la puerta y cuando abrimos, no había nadie.

—Qué extraño —dijo *nai*.

—¡Abridlo ya, por favor! —suplicó Julia.

—Un poco de calma —replicó mamá.

Nos sentamos los cuatro en el sofá y clavamos los ojos en las manos de mi madre, que había empezado a desenvolver el regalo.

Mamá soltó el lazo.

Quitó el papel.

Abrió la caja.

—¿¡Pero esto qué es!?! —Ahora eran los ojos de mamá



los que se parecían a los de un pez.

Yo salté del sofá y Julia se llevó las manos a la boca.

—¡Madre mía! —gritó *nai*.

—¡Madre mía! —repitió mamá.

—¡Madre mía! —gritamos Julia y yo a la vez, como si «madre mía» fuesen dos palabras tan contagiosas como un bostezo.



el SECUESTRO DE Koi

iiiLo que tenía mamá en las manos era Koi!!!

El «regalo» para mis madres era el secuestrado. Estaba atrapado en una bolsa llena de agua y herméticamente cerrada.

—¿Qué significa esto? —les pregunté, un poco asustado al ver una calavera dibujada en la bolsa.

—No lo sé, cariño —respondió *nai*—. Pero no pongas esa cara, parece que Koi está bien. Lo devolveremos ahora mismo a la fuente.

—¿Y la calavera? —insistí.

Mamá me pasó el brazo por el hombro y me sonrió.

—Una broma de mal gusto. Lo importante es que Koi esté a salvo.

Pero no era Koi lo que me preocupaba. Lo que de verdad me asustó fue que les mandasen a mis madres una calavera blanca. Parecía una amenaza.

Cuando abrimos la puerta para devolver a Koi a la fuente nos encontramos a Benito, a punto de pulsar el timbre.

—¡Se han llevado a Koi! —exclamó.

Entonces reparó en la bolsa con la calavera que mamá sujetaba entre las manos.

—¿Habéis sido vosotros dos? —Nos miró a Julia y a mí con su eme entre las cejas.

—¡No! ¡Nosotros no hemos sido!

La boca de Benito parecía una «u» pintada patas abajo.

—¡Par de vándalos! ¡Maldita educación moderna!

El vecino dio un paso hacia nosotros. Nosotros dimos un paso atrás y mamá dio un paso al frente y se colocó delante de Benito.

—Tranquilícese, Benito, no han sido ellos —dijo, con tanta calma como si estuviera grabando una de sus recetas—. Julia y Leo son dos niños muy educados.

Benito señaló la bolsa.

—¡Ah, no me digas! Pues ya me contaréis quién ha metido a Koi ahí.

—Deje en paz a los niños, Benito —intervino *nai*, enfadada—. Ahora mismo le explicamos lo que ha ocurrido, pero antes devolvamos a Koi a la fuente.

Cuando volvió al agua, Koi nadó a un lado y a otro como si necesitase estirar las aletas después de su encierro.

Alarmados por los gritos de Benito, los vecinos habían salido al patio. Cuando mis madres consiguieron que guardaran silencio, Julia y yo les contamos lo que había pasado.

—¿Y dices que no había nadie?

—¿Llamaron a la puerta y se esfumaron?

—¿Dejaron la caja en el suelo sin más?

—¿Seguro que no ha sido una trastada vuestra?

Respondimos a todas las preguntas del interrogatorio y yo me puse nervioso. Me ardía la cara y pensé que se me estaba poniendo cara de culpable.

—Aquí ya no se vive tranquilo. —Fue la conclusión de Juanito—. Hace tiempo que este barrio no es seguro, ya os he dicho que nos conviene vender.

—Bueno, bueno —terció Daniela, la madre de Julia, que llegó del trabajo en ese momento—, no exageres, que tampoco es para tanto. Estás obsesionado con el tema.

—Ya sabéis nuestra opinión —intervino *nai*—. Si vendemos, tendremos que mudarnos a otro barrio, en este es imposible comprar una casa, están demasiado caras.

Juanito chascó la lengua y torció la boca.

—Vuestra opinión es lo de menos, Mariña —replicó—. Lo importante es que con lo que nos ofrecen por los pisos, podríamos mudarnos sin problema.

Mamá se cruzó de brazos.

—¿Pero a dónde? —replicó—. Dime a dónde nos mudamos si nos marchamos de aquí. Con lo que nos dieran, la única opción sería comprar en las afueras. Y no creo que todos estemos en condiciones de empezar otra vida desde cero, en un barrio donde ni nos conocen ni conocemos a nadie.

Los viejecitos del Primero C asintieron fuerte con la cabeza.

—Desde luego que nosotros no estamos para experimentos —dijo Carmen.

—Sí, Juanito, hijo mío —añadió Gertrudis—. Yo ya tengo ochenta y tres años. Me conozco este barrio como la palma de mi mano, me gusta vivir aquí.

Juanito no estaba de acuerdo con su madre e insistió en que lo mejor sería que todos vendiéramos.

—Nosotras no vendemos —repitieron mis madres.

—Nosotros tampoco —añadió la madre de Julia.



Al día siguiente no había colegio, lo que significaba que vendría mi amigo Hugo.

Hugo no vive en el barrio ni va al mismo colegio que nosotros. Julia y yo solo lo vemos cuando no hay clase, que es cuando viene con Matilde, su madre. Matilde trabaja en mi casa, en la de Julia y en el Primero C, y es la encargada de limpiar las escaleras y el patio.

A Hugo lo conocimos hace mucho. La primera vez vino porque su madre lo había llevado al médico y se les había hecho tarde para volver al colegio.

Desde entonces, siempre lo trae cuando no hay clase, aunque Matilde al principio se negaba.

—No, no, ni hablar —respondía cuando mis madres o los padres de Julia le pedían que trajese a Hugo.

Julia y yo habíamos contado en casa lo genial que es Hugo y lo bien que nos lo habíamos pasado con él. Le supliqué a nai que, por favor, por favor, convenciera a Matilde. *Nai* tiene una especie de superpoder para convencer a la gente.

—Venga, Matilde —insistía cuando la veía—, los niños se lo pasaron muy bien.

Pero Matilde negaba una y otra vez con la cabeza. —Él ya es grandecito, se puede quedar solo en casa. Y aquí va a ser una molestia para todos. De ninguna manera.

Por suerte, mi madre nunca se rinde.

—¿Qué molestia, Matilde? No solo no es molestia, al contrario, Leo y Julia echan de menos a Hugo y seguro que él también los extraña.

—¡Pero si apenas se conocen!

Eso era cierto, nos hicimos colegas en menos de media hora. A veces ocurre. Conoces a una persona y enseguida te das cuenta de que quieres ser su amigo. Fue lo que nos pasó a Hugo, a Julia y a mí el día que nos presentaron.

—Ay, Matilde, ya sabes cómo son los niños —replicó *nai* la mañana que, por fin, la convencieron entre todos—. Ellos tienen sus propios tiempos.

—Y Hugo es un encanto —añadió mamá—, ni nos vamos a enterar de que lo has traído.

—Claro que sí, Matilde —intervino la madre de Julia—. ¿Por qué privar a los niños de pasárselo bien juntos?

Al final se pusieron de acuerdo: Hugo vendría a casa cuando no hubiera colegio, siempre que no tuviera otras obligaciones. Ahora a veces hasta se queda a dormir.

El día que viene Hugo lo pasamos genial. Jugamos en mi casa o en la de Julia, salimos a dar una vuelta por el barrio o bajamos al patio a dar de comer a los peces y a regar las plantas.

Y adivina a quién le molesta el Hugodía, que es como llamamos Julia y yo a los días que estamos los tres juntos.

Lo has adivinado: a Benito.

—¡Dejad de subir las escaleras a zapatazos!

—¡Parecéis caballos!

—¡No se os ocurra darles más comida a los peces!

—¿Quién ha movido esa planta?

Benito siempre encuentra un motivo para regañarnos, pero después del secuestro teníamos asuntos urgentes que resolver y pasamos de las manías de don Malaspulgas.

El miércoles, en cuanto Hugo llegó, le contamos lo que había pasado mientras regábamos las plantas.
—¿En una caja roja? —repitió, con la regadera en la

mano—. ¿Una calavera blanca?

También le hablamos de la lista de sospechosos y después subimos a casa.

—Me voy al mercado —se despidió mamá cuando entramos.

Nai estaba en el trabajo, así que Julia, Hugo y yo nos quedamos solos.

—¿Tu madre grabará uno de sus vídeos cuando vuelva del mercado?

—No, hoy no toca.

—¡Jo, qué pena! Le iba a pedir que me sacara. No creo que mi madre me prohíba ser famoso.

Le enseñé el cartel y me pidió que le dejase pintar algo en los bordes. Durante un rato trabajamos en silencio. Nosotros dibujando y Julia escribiendo en su libreta.

—¿Por qué secuestrarían a Koi? —preguntó de pronto.

—¿Y por qué lo dejaron en casa de tus madres? —preguntó Hugo.

—Ni idea —respondí.

—Yo creo que ha sido un *hater* —continuó Hugo—. Uno de esos que le tienen manía a tu madre y la insultan en su canal.

Mamá me explicó que los *hater* son gente pesada que no sabe qué hacer con su vida, por eso se dedican a meterse en la de los demás. Y *nai* dice que son cobardes en el mundo real y atrevidos en el virtual porque en internet nadie les ve.

—¿Creéis que ha sido un *hater*? —pregunté.

—No lo sé —respondió Julia.

—Es que tu familia es un poco rara —contestó Hugo—, a lo mejor por eso se meten tanto con tu madre.

Levanté la cabeza y miré a mi amigo, que pintaba un arcoíris en una esquina del cartel mientras hablaba.

—¿Rara? —preguntó Julia—. ¿Rara por qué?

—Pues porque tiene dos madres —le respondió Hugo.

—¿Y qué? —replicó Julia.



—Eso es un poco raro, ¿no? —insistió Hugo.

—Qué tontería —dijo Julia—. A ver: Leo tiene dos madres, yo tengo un padre y una madre, tú tienes una madre, y todos somos normales.

—Yo también tengo un padre —respondió Hugo—. Solo que no lo conozco porque se marchó cuando era pequeño.

—Eso es como no tenerlo —le replicó Julia—. Tu familia sois tu madre y tú, Hugo. Y no creo que por eso seáis raros.

Yo me había quedado sin palabras. No era la primera vez que decían algo así de mi familia. Por ejemplo, Carmen, la viejecita del Primero C. Es la más anciana del edificio, camina tan encorvada como si llevara el peso del mundo en la espalda, y cuando nos cruzamos mira a mamá, suspira y suelta frases como: —¡Ay, si Agustina levantara la cabeza! —Lo dice por mi bisabuela, la que nos dejó su casa—. ¡Qué disgusto, madre mía!

Mis madres me han explicado que las personas mayores, como han nacido en otro siglo, a veces no entienden lo que ocurre en este. Por eso no les gusta el siglo XXI. También me dicen que no me asuste por ser diferente porque no tiene nada de malo. Que todos somos iguales y diferentes al mismo tiempo y eso es bueno porque aprendemos unos de otros.

Mi familia mola. Mamá es guapísima, huele a mandarinas, pone música mientras cocina y soy el primero que prueba sus recetas porque dice que tengo alma de chef. Es más seria que *nai* y más exigente conmigo. *Nai*, en cambio, me consiente bastante y no me cuesta convencerla para que me levante un castigo. Es psicóloga y también es muy guapa, molan un montón sus rizos pelirrojos. Mis madres son las mejores del mundo, pero aunque me digan que no me tiene que afectar lo que los demás opinen de nosotros, me dio tristeza saber que a Hugo mi familia le parecía rara.

—Mis padres dicen que todas las familias son la misma familia —dijo Julia.

—Eso no lo entiendo —respondió Hugo sin parar de dibujar.

—Significa que solo son raras las familias que no se quieren, no se cuidan y se tratan mal.

A veces, las palabras de Julia son abrazos que te ponen la piel de gallina y te curan por dentro.

—Ah, vale, ya lo entiendo —dijo Hugo—. Nuestras familias son normales, aunque alguna gente se empeñe en decir que somos raros. Somos como las franjas de un arcoíris, cada una de un color diferente pero todas lo mismo.

Escuchar eso fue como sacar la cabeza fuera del agua después de bucear. De repente descubrí que Hugo también había escuchado cosas de su familia que le habían puesto triste. Y que cuando dijo que la mía era un poco rara pensaba también en la suya y necesitaba escuchar eso de que todas las familias

somos la misma familia.

—Ya terminé. —Hugo me señaló su arcoíris—. ¿Qué hago ahora?

—Empieza por otra esquina—respondí.

Después de un rato en silencio sonó el timbre y, al mismo tiempo, aporrearon la puerta de casa. Mis amigos y yo dimos un respingo.

—¡Jopé! Vaya tarde —protesté.

—¡Qué susto! —exclamó Hugo.

—Leonardo, ¿están tus madres en casa? —me preguntó Benito cuando abrí.

Me dieron ganas de cerrarle la puerta en las narices.

«Be-Be-Benito, me tienes frito, no me llamo Leonardito». Esto solo lo canté en mi cabeza.

—No. —Fue lo que respondí.

—¿Habéis jugado en el patio?

—No, hemos estado todo el rato aquí.

—¿Seguro? ¿Tú también? —señaló a Hugo con la

barbilla—. Para subir al Primero has tenido que pasar por el patio. Que yo sepa, no eres una paloma mensajera que haya entrado por la ventana. Te has entretenido un poco abajo al llegar, ¿verdad, pequeño vándalo?

—Sí, señor... Quiero decir, no. No, señor, hemos regado las plantas, pero luego hemos subido aquí directamente.

Benito levantó la nariz y le miró como si fuese un mosquito y estuviera a punto de aplastarlo.

—Eso habrá que comprobarlo —gruñó—. Leonardo, en cuanto lleguen tus madres, que bajen. ¡Sin falta! Es urgente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pasan cosas de mayores, no seas fisgón.

Julia asomó la nariz por encima de mi hombro.

—Benito —dijo, con su voz de hada del bosque—, es que tienes cara de que ha pasado algo grave.

Benito se rascó la coronilla.

—Ya lo creo que es grave. Alguien ha estado muy entretenido en el patio.

Se dio la vuelta para marcharse y, cuando creímos que bajaría a su casa, volvió sobre sus pasos.

—Mejor pensado, no vamos a esperar a nadie, ¡bajad conmigo ahora mismo!



Seguimos a Benito escaleras abajo.

—¿¡Pero qué ha pasado!?! —pregunté al llegar al patio.

Era como si un tornado lo hubiera arrasado todo. Las plantas estaban destrozadas. El limonero tirado en el suelo, roto por la mitad; las hortensias desparramadas. Solo había sobrevivido el ficus, pero en una de sus hojas había pintada una calavera. Una calavera idéntica a la de la bolsa en la que habían encerrado a Koi.

—¡Que me aspen si no habéis sido vosotros! —exclamó Benito.



—¡Eso no es verdad! —respondió Julia.

—¡Nosotros no hemos roto nada! —grité yo—. ¡Deje de echarnos la culpa de todo!

Me salió sin querer, estaba harto de Benito. No era justo que nos culpara de las catástrofes del edificio. Si los niños respetamos a los mayores, los mayores tendrían que respetarnos a nosotros.

El alboroto alertó a los vecinos.

—¡Qué desastre! —se quejó Carmen al asomarse al patio.

—¡Esto es intolerable! —exclamó la madre de Juanito, con las manos en la cabeza.

—¡Pobres plantas! —se lamentó Marco mientras recogía una rama del limonero.

En ese momento llegó mamá, cargada con la compra. —¿Qué ha pasado aquí? —Mi madre miraba a todos lados con la boca abierta.

—Eso me pregunto yo —replicó Benito—. ¿Quién crees tú que es el responsable de este desastre?

Se cruzó de brazos delante de nosotros.

—Seguro que estos tres tienen algo que ver.

—¡Benito, ya está bien! Haga el favor de no señalar a nadie cuando aún no sabemos qué ha pasado. —Te parecerá increíble, pero mi madre sabe enfadarse sin insultar ni levantar la voz y, aun así, impresiona—. Los niños no han podido hacer esto. Son chicos civilizados, se lo he dicho ya varias veces. Los tres cuidan de los peces y de las plantas del patio, ¿cómo se atreve a acusarles de algo así?

Benito arrugó el morro y resopló.

—Vamos a tranquilizarnos todos, ¿de acuerdo? —pidió mamá.

—¿Os parece que demos parte de esto a la policía?

—intervino Marco.

—Mejor convoquemos una reunión extraordinaria para tratar el grave problema de seguridad que está sufriendo el barrio y qué medidas tomar —propuso Juanito.

—De acuerdo, hagamos esa reunión —aceptó el padre de Julia, que había llegado unos minutos antes que mi madre—. Pero que conste que no estoy de acuerdo en que lo que ha pasado aquí sea un problema del barrio. El barrio tiene otros problemas y a mí me parece que esto de las plantas es obra de un gamberro, y gamberros hay en todas partes. Y no son, precisamente, nuestros hijos, Benito.

—¿Y si recogemos todo esto antes de nada? —propuso mamá.

Empezamos a recoger el desastre y Carmen no hacía más que quejarse por las hortensias.

—Por las flores no os preocupéis —intervino Marco, que ese día llevaba el pelo morado—. Estamos representando «Rosita la soltera» y tenemos el escenario como un jardín. Este sábado, después de la última función, nos las repartiremos y me quedaré con unas cuantas.

—Y yo me voy a llevar lo que queda de las hortensias

para meterlas en agua —dijo entonces Carmen—. Con un poco de suerte, tendremos flores nuevas para primavera.

Al terminar de recoger, Marco se marchó al teatro y nos mandaron a casa.

—Aún tenemos que hablar de algunas cosas —me dijo mamá—. Vosotros volved arriba y seguid con lo que estabais haciendo.

Subimos en fila india, pero después de la catástrofe y de la bronca de Malaspulgas no me apetecía seguir con el cartel.

—Mi abuela dice que el culpable de un crimen es casi siempre alguien cercano a la víctima. —Hugo se había tirado en el sofá y hablaba con la boca llena de pistachos que había pillado en la cocina.

—¿Eso qué significa? —intervino Julia—. ¿A Koi le secuestró uno de los suyos? ¿Metemos al pez cebra en la lista de posibles secuestradores? ¿O mejor al pez payaso?

Hugo y yo nos miramos un segundo y después nos entró un ataque máximo de risa a los tres. Nos retorcimos un rato por el suelo, con dolor de barriga y llorando.

—Pero tu abuela tiene razón —dijo Julia cuando se nos pasó, mientras se secaba una lágrima—. ¿No deberíamos hacerle caso?

Hugo y yo asentimos.

La abuela de Hugo tiene noventa años, sueña con ser detective y dedica sus días a las novelas de terror y a las series policíacas. Y aunque ve indicios por todas partes, cuando Hugo nos contó la teoría de los culpables, Benito trepó hasta el número uno de nuestra lista de posibles secuestradores.

—Le vigilaremos —dijo Julia—. Tú te quedas a dormir en casa de Leo, ¿no?

Hugo asintió.

—En cuanto los mayores terminen su reunión, saldremos a espiar a Benito y anotaremos en mi libreta

todo lo que haga.

Y eso hicimos, espiar al vecino agazapados en la escalera mientras nos hartábamos a pistachos. Lo malo es que lo único que ocurrió en el edificio fue que Gertrudis se asomó un momento a la calle, miró a todas partes y volvió a su casa, que Juanito salió un rato después con la basura y que Carmen bajó y se llevó otra ramita de hortensia.

Empezamos a aburrirnos y yo a pensar que lo de ser detective era un rollo. Llevábamos un montón esperando a que pasara algo sospechoso sin que sucediera nada de nada.

—¿Qué hacéis aquí? —La voz de *nai* nos hizo dar un respingo—. Ya casi es la hora de cenar, creí que estabais en casa de Julia.

—Hablábamos de lo que ha pasado —dije.

—Venga, son horas de estar en casa. Julia, súbete, que tu madre estará esperando para la cena. Vosotros dos, conmigo.

Antes de subir, Julia escribió algo en su libreta, arrancó la hoja y se la pasó disimuladamente a Hugo, que se la guardó en un bolsillo.

Hasta después de cenar no pudimos ver lo que había escrito. *Nai* nos mandó directos a lavarnos las manos y a poner la mesa.

—¿Os habéis cepillado los dientes? —nos preguntó mamá cuando terminamos de recoger—. Pues hala, a la ducha y después a la cama a leer un rato.

—Hasta mañana, chicos, que descanséis —se despidió *nai*.

Pegué la oreja a la puerta de mi cuarto para asegurarme de que mis madres se metían en su habitación.

—¿Seguro que ya se han acostado? —me preguntó Hugo con el papel arrugado en la mano—. Es temprano.

—Se tienen que dormir pronto porque mañana a primera hora les hacen una entrevista.

—¿En serio? ¿Van a salir en la tele? ¿En un *podcast*?
¿Dónde?

Me encogí de hombros.

—Ni idea. Venga, déjame ver. —Le quité el papel y lo estiré sobre mi cama.

—¡Jo, yo quiero salir en la tele!

A Hugo le importa más la fama que la investigación de un crimen. Le di un codazo para que se callara y leí el mensaje de Julia:

«Esta noche, a las 12, en la escalera»



Hugo se quedó dormido al instante. Yo estaba demasiado nervioso y preferí pintar mientras esperaba. —¡Hugo! —Lo zarandeeé cuando llegó la hora de seguir espionando a Benito—. Son las doce, vamos.

Bostezó y estiró los brazos fuera de las sábanas. Yo cogí mi linterna y salimos, Julia nos esperaba en nuestro escondite de la escalera.

—He traído sándwiches —dijo.

Abrió su mochila del colegio cargada de provisiones. Tres sándwiches, chocolate, pistachos y agua. Me volvió a parecer genial la idea de fundar una agencia de detectives con mis amigos y vigilar a los

sospechosos mientras nos hinchábamos a pistachos.

El primero que cruzó el patio fue Marco, que volvía del teatro. Subió las escaleras de dos en dos y pasó casi rozándonos sin enterarse.

—¿Apuntamos a Marco? —susurró Hugo—. Es una persona cercana a la víctima.

—Ya, pero es Marco —repliqué—. Él no secuestró a Koi.

—Por supuesto que no —recalcó Julia.

—Vale, lo tachamos. No es sospechoso.

Un rato después entró Juanito de la calle.

—¿Lo apunto? —preguntó Hugo.

—Espera a ver si hace algo extraño.

Le observamos dar una vuelta alrededor de la fuente y pararse un momento delante de los restos de las plantas. Luego entró en su casa.

—¿Lo apunto o no? No ha hecho nada misterioso.

—Apúntalo —respondió Julia—. No será una auténtica lista de sospechosos si solo tenemos uno.

No pasó nada más. Cuando nos acabamos las provisiones nos entró sueño y volvimos a casa.

—Seguiremos espiando por la mañana —propuse a mis amigos—. No habrá moros en la costa, mis madres se marchan temprano a la entrevista.

Esa noche soñé que un hombre-buitre arrancaba la fuente y se la llevaba. Después soñé con el sonido del telefonillo. Un timbrazo. Dos. Al tercero me desperté. No estaba soñando.

Se había hecho de día y mis madres ya habían salido.

Hugo me siguió hasta el telefonillo como un sonámbulo y cuando iba a descolgar, alguien llamó con los nudillos.

—Venga. —Era Julia—. Habíamos quedado a las nueve, os habéis dormido.

Eran las nueve y cuarto, no sé si te he dicho que Julia es puntual como el reloj del horno de mi madre. Cogí las llaves de casa y al salir casi tropiezo con un

paquete que el repartidor había dejado en la puerta. —¡Déjalo! —susurró Julia cuando me agaché a recogerlo.—. ¡He oído algo!

Solté el paquete, cerré la puerta sin ruido y seguí a Julia y a Hugo hasta nuestro escondite. —¿Qué pasa? —pregunté.

Julia señaló al piso de abajo. Benito acababa de salir al patio. Miró alrededor y arriba y a continuación subió hasta mi casa. Al llegar a mi puerta se agachó, cargó la caja que el repartidor había dejado para mamá y volvió abajo despacio.

Mis amigos y yo nos miramos. ¿Qué hacía Benito con la caja de mi madre? Entonces miró por última vez a un lado y a otro, la colocó en el suelo y cerró. La caja se había quedado fuera, junto a su puerta.

Una goma invisible acababa de borrar todos los nombres de la libreta de Julia. Todos, excepto uno.





Al entrar en casa nos tiramos en el sofá. Necesitábamos procesar lo que habíamos descubierto. El secreto de Benito era tan gordo que nos había dejado sin energía, como si se nos hubiera agotado la batería. —¿Por qué se ha llevado la caja de tu madre? —Julia fue la primera que habló.

—Ha sido Benito... —murmuré.

—¿El secuestrador? —preguntó Julia.

Hugo asintió.

—El secuestrador, un vándalo destruye plantas y un mentiroso.

Aún no nos habíamos recuperado de la impresión, cuando la voz de Benito hizo temblar el edificio. No había esperado ni cinco minutos para su siguiente mentira.

—¡Leonardo! —Parecía el lobo de los tres cerditos, a punto de destruir sus casas—. ¡Han dejado un pedido en mi puerta!

Les hice una seña a Julia y a Hugo para que no hiciesen ruido. Durante un rato, Malaspulgas no paró de pulsar el timbre y de llamarme por mi nombre falso. Pero esa vez no me moví. No pensada aguantar otro de sus sermones por algo que había hecho él mismo.

Cuando se cansó de llamar me levanté, me acerqué a la puerta y oí sus pasos alejándose por la escalera.

—¿No tenéis hambre? —preguntó Hugo con una mano en la barriga—. A mí los nervios me abren el apetito.

Me di cuenta de que no habíamos desayunado.
—¿Hacemos tostadas?

Preparé tostadas para los tres y, mientras desayunábamos, hablamos del morro que tenía Benito.

—No pensaba que fuese tan malo —dijo Julia, con media tostada en una mano y un vaso de leche en la otra.

—Está claro que nos quiere fastidiar —añadió Hugo—.

Sobre todo a ti y a tus madres, Leo.

Benito nunca me cayó tan mal como en ese momento. Me moría de ganas de bajar a decirle a la cara que habíamos descubierto sus embustes.

Mis madres llegaron a casa un rato después del desayuno.

—¡Ha sido Benito! —exclamé, saltándome la norma de lo primero es lo primero.

—¡Él secuestró a Koi!

—¡Bajó tu caja y la dejó en su puerta!

Hablábamos los tres a la vez.

Nai y mamá se miraron.

—¡Y después pretendía que bajase yo a buscarla!

—¡Es un jeta!

—¡Seguro que fue él el que destrozó las plantas!

Mamá dejó sus gafas de sol y las llaves en el mueble de la entrada. Por una vez, la norma de lo primero es saludar no era lo importante.

—Chicos, no se puede juzgar así, solo por una acción

—dijo—. Sin pruebas.

Nai asintió.

—¿¡Sin pruebas!? —repitió Julia casi gritando.

—¡Lo hemos visto, mamá! —me desgañité, estaba súper enfadado.

—¡Bajó tu caja y la dejó en su puerta! —añadió Hugo.

Mamá negó con la cabeza.

—Creo que ya sé lo que está pasando y, chicos, no es lo que parece.

Nai se apartó de la cara uno de sus rizos y nos pidió que volviéramos al sofá.

—Mamá os tiene que contar una cosa, Leo.

—Cuando sepáis lo que ocurre, vais a comprender un poco mejor a Benito.

Estaba deseando que alguien le diera su merecido a Malaspulgas, pero me senté entre *nai* y mamá, dispuesto a escuchar.

—Pensaba mantenerlo en secreto, pero es mejor que os lo cuente.

Al oír «secreto» sentí curiosidad. Es una de esas palabras que consiguen intrigarte sí o sí.

—Hace unos meses —continuó mamá—, el repartidor dejó una entrega en casa de Benito. Y no sé si por equivocación o por prisa, porque tienen tanto trabajo que no les da tiempo a subir, ocurrió una segunda vez. Entonces Benito vino a quejarse, y con razón —Mamá me miró al decir eso—. Le habían despertado de la siesta.

A mí no me parece que la siesta sea tan importante. No es como si te despiertan, por ejemplo, a las tres de la madrugada.

Nai continuó con la explicación.

—Para compensar la molestia, mamá le bajó un plato de la receta que había grabado ese día. Y al entrar en la cocina de Benito vio restos de latas, bolsas de patatas fritas abiertas, una caja de galletas por la mitad, cosas así...

—Me di cuenta de que Benito se alimenta de salchichas, atún en conserva y bolsas de patatas fritas —continuó mamá—. No sabe cocinar. Y aunque le hablé de Senior Chef, él no quiso saber nada de asistir a mis clases.

Mamá se encogió de hombros y sonrió.

—Desde ese día —continuó—, cada vez que dejan una entrega en la puerta de Benito, le bajo un plato con la receta del día.

Mis amigos y yo nos miramos.

—Lo que habéis visto significa que le encantan mis canelones, que le da vergüenza confesar que no sabe ni freír un huevo y que no piensa aprender.

—«Yo no tengo edad de ir a la escuela, señora» —dijo

nai imitando la voz de Benito.

A Julia y a Hugo les hizo mucha gracia, pero a mí ninguna. Yo seguía indignado por el morro de mi vecino.

—Leo, Benito está muy solo, — *Nai* me cogió la barbilla y nos miramos a los ojos—. Tenemos que comprender que la soledad es triste cuando no la eliges.

—En fin —remató mamá—, que está claro que Benito está contento con mis platillos aunque no lo demuestre.

—Ya lo creo —añadió *nai*—, ha descubierto que puede comer como un rey solo con bajarse nuestros paquetes. Y no le culpo, Leo, tu madre es la mejor cocinera del mundo.

Mamá le lanzó un beso.

—Pero entonces, si Benito no ha sido, ¿quién destrozó las plantas?

—¿Y quién secuestró a Koi?

Nai se levantó y suspiró.

—De eso no tenemos ni idea.

En ese momento volvió a sonar el timbre.

—Señoras, han dejado otra caja en mi puerta. —Era Benito, tan tranquilo, con sus dedos pulgares enganchados del cinturón.

Apreté los puños y abrí la boca para decirle que era un embustero, pero mamá me hizo un gesto para que no me moviera.

—Lo siento, Benito, ahora mismo bajamos.

Era lo más injusto que me había pasado en la vida.

—Pero le pido, por favor, que no lo pague con el niño

—le pidió *nai* muy seria y señalando a Benito con el dedo—. Él no tiene la culpa de que los repartidores se equivoquen.

—¡No pienso bajar! —protesté cuando mamá cerró la puerta—. Ni hablar. No es justo.

Me di la vuelta y me metí en mi habitación seguido de mis amigos. Un segundo después, entraron mis madres. Me dijeron que me entendían, que era

normal que estuviera enfadado... y me dieron una de sus charlas.

Según las normas de mi familia, tenemos que cuidar de los que no tienen tanta suerte como nosotros y comprender que, a veces, esas personas sin suerte se vuelven un poco cascarrabias con la vida y con el mundo.

Y resulta que Benito Malaspulgas es una de esas personas sin suerte desde que su mujer se murió y se quedó más solo que la Luna. Desde ese día está furioso con el mundo y, sobre todo, con el siglo XXI.



Subimos la caja sin decir nada. Estaba tan enfadado que lo que quería era tirarla por las escaleras.

Si no fuera por Julia y Hugo, que siempre están cerca en los momentos feos, yo también me hubiera sentido más solo que la Luna. Porque, aunque Benito fuera un hombre sin suerte, ¿qué culpa tenía yo? ¿Encima mi obligación era hacer como si nada? Era tan injusto que, por primera vez en mi vida, mis madres no me parecían tan guays.

Estábamos a dos peldaños de mi casa cuando

oímos chirriar la puerta del Bajo B. Nos agachamos a la vez, como si lo hubiésemos ensayado. Un instante después, Juanito atravesó el patio y se acercó a la fuente. Miró alrededor y hacia arriba. Nosotros nos encogimos un poco más.

Entonces, Juanito, el hombre con nombre de niño, se agachó junto a la fuente.

—¿Qué hace? —susurró Hugo.

Me encogí de hombros porque, desde donde estábamos, solo le veíamos la espalda. Cada poco, el vecino estiraba el cuello y miraba a los lados.

Unos minutos después se levantó.

—¿Has visto? —Julia me dio un codazo—. Lleva un bote de pintura.

En el suelo, junto a la fuente, Juanito había escrito algo.

Esperamos a que entrase en su casa para salir de nuestro escondite. Nos acercamos a la barandilla y leímos desde allí.

FAMILIA = HOMBRE
+
MUJER
¡FUERA DEL BARRIO!

Al lado de la pintada, había una calavera.

El corazón me dio un vuelco y después empezó a latirme en la garganta, como si se hubiera movido de su sitio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hugo en susurros.

—Tenemos que contárselo a tus madres, Leo —respondió Julia.

Yo tenía los pies clavados en el suelo. Como si me hubiera convertido en una farola. Me temblaban las rodillas y me sudaban las manos. No me podía mover.

—Venga, Leo. —Hugo recogió el paquete, que habíamos dejado en mitad de la escalera.

Julia me agarró del brazo y tiró de mí.

—Vamos, Leo, vamos a tu casa.

Empecé a subir con una sensación rara, como si en realidad no estuviera allí.

—¿Qué pasa, chicos?

Juanito se había plantado detrás de nosotros sin ruido, sigiloso como una serpiente.

A Hugo se le escurrió la caja de las manos, pero el vecino la recuperó al vuelo, antes de que rodara por las escaleras.

—¿A dónde vais con tanta prisa?

Yo abrí la boca para responder, pero no me salió la voz.

—¿Qué pasa, pequeñas sabandijas? ¿A qué vienen esas caras? ¿Habéis visto un fantasma? Aquí no ha pasado nada, ¿estamos? —Nos miraba fijo, como si nos fuera a convertir en polvo—. ¿Os queda claro?

Julia y Hugo asintieron.

—¿Os queda claro o no? —Me miró—. Ojito con lo que contáis a partir de ahora porque os vigi-

laré de cerca. ¡No lo olvidéis si no queréis que os dé vuestro merecido!

En ese momento, como si una mano invisible me hubiera dado un empujón, salté los peldaños que nos separaban.

—¡Te hemos visto! —grité

De golpe y porrazo, se me había pasado el miedo, la rabia se lo había tragado. Ya no me temblaban las rodillas. El corazón me latía igual de bestia, pero había vuelto a su sitio.

Juanito me miró con sonrisa Freddy Krueger.
—No, amiguito. —Me agarró un brazo mientras, en voz baja, nos amenazaba—. Te aseguro que vosotros no habéis visto nada. Al contrario, soy yo quien os ha visto hacer una de esas gamberradas que tienen hartos a los vecinos.

—¡Suéltame! —Él apretó un poco más—. ¡Me haces daño!

—¡Eh! ¿Qué es esta barahúnda? —Solo conozco a

una persona que utilice palabras como esa—. ¿Se puede saber qué pasa aquí?

Benito había salido de casa con sus zapatillas de cuados grises y verdes y los pelos de punta.

—¿Es que en este edificio ya no se puede dormir la siesta? —protestó mientras se rascaba la coronilla.

—Otra vez estos gamberros, Benito —respondió Juanito señalando la pintada—. Los chicos de hoy en día no tienen educación ni saben divertirse sin destruir.

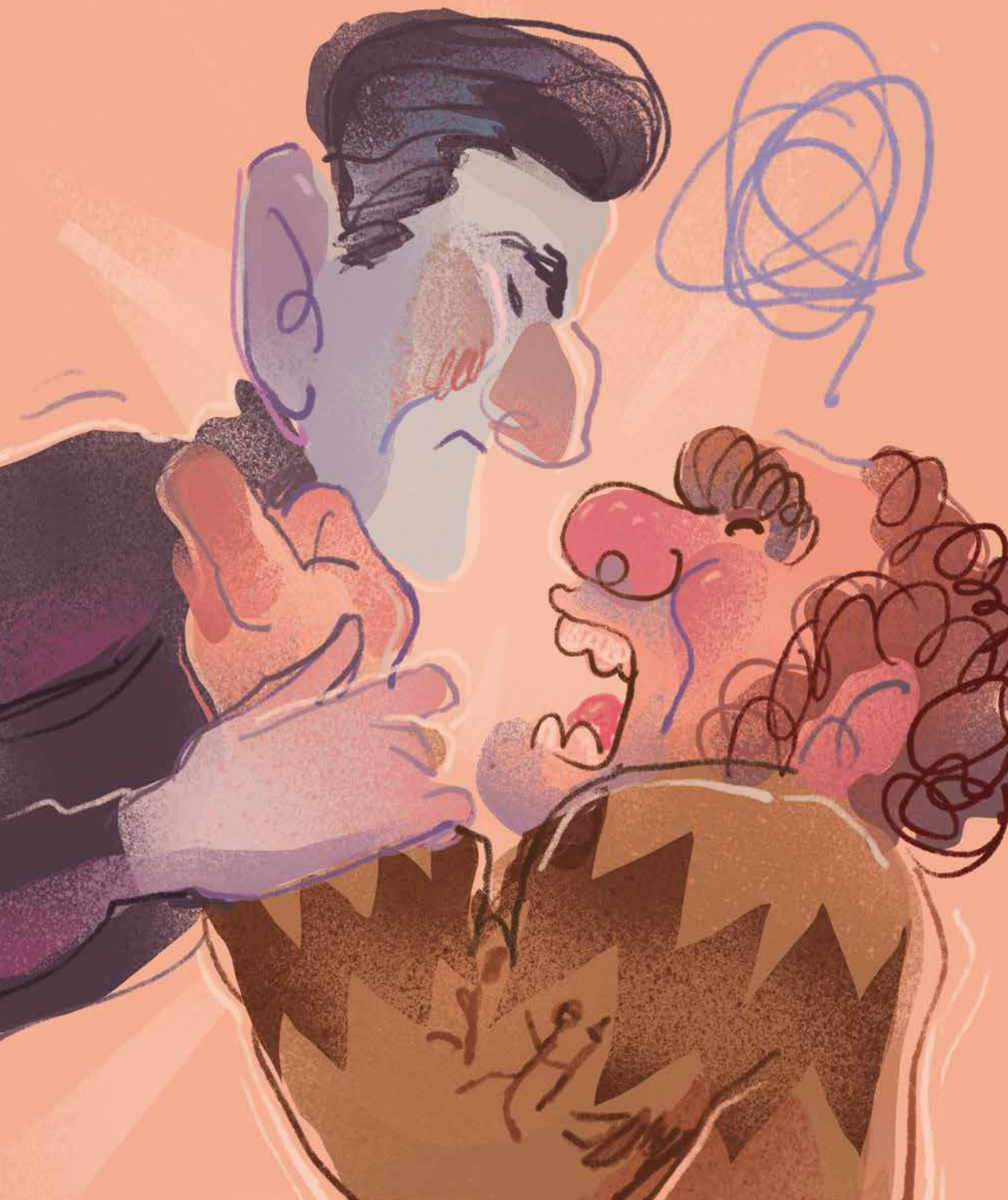
Me zarandé y abrí la boca para protestar, pero Benito se me adelantó.

—¡Suelta ahora mismo al niño! —ordenó con su voz de tormenta—. ¡Ahora mismo, te digo!

Pero Juanito no solo no me soltó, sino que apretó tanto como si quisiera romperme el brazo.

—¿Pero usted ha visto lo que han hecho?

—¿Te has quedado sordo, Juan Antonio? —Benito se acercó a dos centímetros de su cara, con las aletas de la nariz tan abiertas como las de un bisonte.



Era la primera vez que oía el verdadero nombre de Juanito.

—¡He dicho que sueltes al niño, mastuerzo! —repitió Benito con otra de sus palabras míticas.

Juanito me liberó y entonces fue Benito quien le sujetó a él del cuello del jersey.

—Vosotros subid a casa, que de este me encargo yo.

A mí me pareció que Malaspulgas no iba a poder con Juanito, porque él es viejo y un poco gordo. Tenía todas las de perder.

—¡Mamá! —grité entonces con todas mis fuerzas—. ¡Nai! ¡Mamá!

Mis madres acudieron a mis gritos, mientras el resto de los vecinos salían de sus casas, asustados por el escándalo.

—¡Así que fuiste tú! —gritó Benito, sin soltar al malhechor—. ¡Tú te llevaste a mi Koi!

—¡Y destrozó las plantas! —le recordó Hugo, señalando al secuestrador de peces, destructor de plantas

y pintor de frases chungas.

Nai y mamá me abrazaron y quisieron examinarme el brazo, que se me había puesto rojo.

—Si se te ocurre ponerle de nuevo las manos encima a mi hijo, te vas a enterar de quién soy yo. —Mamá le hablaba a Juanito tan cerca y tan furiosa que parecía que se lo fuese a comer de un bocado.

Los vecinos estaban revolucionados y hablaban todos a la vez.

Carmen aseguró que llamaría a la autoridad.

Gertrudis le dio un coscorrón a su hijo.

El padre de Julia pidió calma.

Y, mientras ocurría todo eso, mis madres descubrieron la pintada.

—¡Eres un sinvergüenza! —le soltó *nai* con los puños apretados.

—¡Un auténtico cobarde! —añadió mamá, que respiraba fuerte.

Con el follón, tardamos un poco en darnos

cuenta de que en el patio había alguien más. Dos hombres elegantes observaban la escena como si fuese una obra de teatro. Uno llevaba sombrero, el otro fumaba un puro.

—Buenas tardes, señores —saludó el fumador mientras soltaba anillos de humo.

El otro se llevó las puntas de los dedos a su sombrero.

—Buenas tardes a todos, les suplico que se tranquilicen.

Vestían de negro.

De la cabeza a los pies.

Traje.

Corbata.

Maletín.

Zapatos.

Parecían gemelos y, aunque no los había visto en mi vida, los reconocí al instante: ¡los buitres!

—Por favor, suelten a este hombre —pidió el del

sombrero—, todo esto lo ha hecho por ustedes, por su bien, para que acepten nuestra oferta.

—Oferta que estamos dispuestos a mejorar, — El fumador soltó otra ristra de anillos—, y que les hará ricos.

Juanito se zafó de Benito con brusquedad y se acercó a los buitres.

—Su oferta no nos interesa. —*Nai* se apartó los rizos y se cruzó de brazos—. No vamos a vender.

—¿Está usted segura de eso? —preguntó el buitre del puro—. ¿Seguro que ninguno de sus vecinos opina lo contrario?

Los padres de Julia, mis madres y el resto se reunieron en círculo, como un equipo de fútbol. Cuchichearon unos segundos y, después, *nai* y el padre de Julia se dirigieron a los buitres.

—Por diferentes razones que no vienen al caso, ninguno de nosotros va a vender —dijo el padre de mi amiga.

—Esta es nuestra casa —añadió *nai*—. Nos gusta

vivir aquí. Estamos cómodos en este barrio y en este edificio donde todos nos conocemos.

—No pierdan su tiempo ni nos lo hagan perder a nosotros —intervino mamá.

—¡Salgan por donde han venido! —remató Carmen, que, de repente, no parecía la viejecita encorvada y antipática del Primero C, sino una mujer capaz de ahuyentar a los dos buitres de un escobazo en el culo.



Los buitres tardaron un poco en convencerse de que nuestros padres hablaban en nombre de todos y que los vecinos no cambiarían de opinión.

—No vamos a ver tanto dinero en nuestra vida —protestó Juanito cuando los hombres se marcharon—. Benito, por favor, tú eres un hombre cabal, todavía podemos echarnos atrás...

—¿Cómo te atreves a dirigirme la palabra? —le interrumpió Benito con la eme del entrecejo más marcada que nunca—. ¿Me has tomado por babieca? ¿Me iba a creer que los niños escribieron semejante

patochada? ¡Miserable, más que miserable! Y te repito lo que te han dicho Fernanda y Mariña: como se te ocurra acercarte a Leo, te las verás conmigo. ¡Seré viejo, pero tengo mis recursos!

Se me abrieron los ojos como rotondas. ¿iMe había llamado por mi verdadero nombre!?

—Venga, hombre, por favor —replicó Juanito—, estos gamberros son los que hicieron todas esas perrerías, la última de todas, echarme a mí la culpa.

Juanito me señaló con el dedo.

—Y el cabecilla es este. Usted y yo sabemos bien el resultado de esas... «familias»: chavales desnortados que no saben cómo comportarse.

Benito resopló.

—¡Cierra el pico de una vez, mastuerzo! Te has equivocado conmigo.

No hubiera adivinado ni en mis mejores sueños lo que Malaspulgas dijo a continuación.

—Leo es un niño educado y tiene la familia más digna

que he conocido en mucho tiempo. No te consiento que les faltes el respeto.

Miré a *nai*, que me guiñó un ojo.

—Ya hablaremos tú y yo, Juanito —dijo entonces Gertrudis—. ¡Entra en casa ahora mismo!

En ese instante, como si le hubieran hechizado, Juanito se arrugó hasta quedarse sin cuello y obedeció a su madre.

Epílogo

Al día siguiente celebramos la fiesta del edificio. Lo primero que hicimos, después de desayunar, fue adornar el patio. Benito, *nai* y los padres de Julia nos ayudaron a colgar banderines de colores y luego nuestro cartel.

Habíamos pintado «Feliz cumpleaños» con los tonos del arcoíris y quedaba súperchulo sobre la fuente.

A media mañana, Marco apareció con una furgoneta llena de plantas.

—¡Esto va a parecer un vergel! —exclamó Carmen, tan feliz como si fuera la mañana de Reyes.

A mediodía, el patio estaba listo para la fiesta. —¡Nos vemos esta tarde! —le dije a Julia después de ayudar a colocar las sillas y la mesa larga donde mamá serviría la merendola.

Hugo comió en mi casa, Matilde le había dado permiso para quedarse todo el día con nosotros.

Después de la hora de la siesta, bajamos la comida. El padre de Julia le había echado una mano a mamá con los sándwiches y la ensaladilla. Además, mi madre había preparado sus famosas pizzas *biancas*, una quiche y, lo mejor de todo: una tarta de chocolate y fresas con la forma del edificio.

Fue una fiesta genialísima, con música y todo. Lo que más me divirtió fue bailar con mis madres y hacer una conga de Jalisco con todos. Después cantamos el cumpleaños feliz y soplamos las velas: una con forma de dos y dos con forma de cero. ¡Nuestra casa cumplía doscientos años!

Julia, Hugo y yo nos comimos la tarta sentados

en las escaleras. Desde allí escuchamos los discursos de los vecinos.

Gertrudis pidió perdón en nombre de Juanito. —Queridos todos, jamás se repetirá lo que ha ocurrido estos días. He sido demasiado blanda con mi hijo, pero eso se acabó.

—¡Más vale tarde que nunca! —añadió Benito.

Los del Primero C agradecieron a mis madres que los hubieran convencido para no vender. Carmen habló en nombre de los dos.

—Mudarnos hubiera sido un error catastrófico. —No sé si te has fijado que a los ancianos se les llenan los ojos de lágrimas a cada rato—. Tu abuela Agustina estaría orgullosa, Fernanda.

Marco, aunque vive de alquiler, también quiso pronunciar unas palabras.

—Por nada del mundo quisiera vivir en otro sitio ni tener otros vecinos. Me siento afortunado.

El último en hablar fue Benito.

—Yo quiero confesar que estas dos mujeres me han salvado la vida. —Señaló a mis madres—. Sin su buen juicio y sus consejos, hubiera caído en la trampa de vender mi casa. —Mientras hablaba, se rascaba la coronilla—. Gracias, Fernanda. Gracias, Mariña. Os pido disculpas por haberme portado como un troglodita. Os agradezco la paciencia que habéis tenido con este viejo bobo.

Resopló y se dirigió a mí.

—Leo, chaval, he sido injusto contigo. Soy tan cenutrio que me ha costado reconocer que tú y tus madres sois los mejores vecinos que podía imaginar. A partir de este momento, mi casa es tu casa. Yo mismo subiré los pedidos que dejen en mi puerta los repartidores despistados.

Julia, Hugo y yo nos miramos, *nai* me guiñó un ojo y a mí me entró la risa.

—Y, aunque trotes por las escaleras como un caballo salvaje, querido Leo, tengo que confesar que eres el

nieto que me hubiera gustado tener.

Casi me desmayo del susto. Se me doblaron las rodillas y todo. Los vecinos aplaudieron y Marco se acercó a felicitar a Benito por su discurso.

—Tú tampoco eres mal vecino, muchacho —le respondió Malaspulgas—. Aunque con este pelo y esas uñas parezcas un extraterrestre. ¡A ver si maduramos, hombre!

Marco se echó a reír y le dio dos palmaditas en la espalda. Y yo me di cuenta de que, aunque me quisiera casi como a un nieto, Benito sería siempre el vecino malaspulgas del edificio. El troglodita de la calle María Magdalena 8 que pone el grito en el cielo cada vez que subo o bajo las escaleras.

Al final de la fiesta, cuando solo quedábamos en el patio mis amigos y yo, apareció Matilde para llevarse a Hugo. Nos despedimos hasta el próximo día sin colegio y justo cuando se marcharon, entró un repartidor...

Benito abrió la puerta de su casa.

Julia y yo nos escondimos detrás de la fuente.

Malaspulgas se adelantó al mensajero.

—Déjala aquí mismo, muchacho. Ya se la subo yo.

Julia me miró y se dio unos toquecitos en la mejilla.

—¡Qué morro! —susurró.

—Espera. —La sujeté del codo para que no se levantara.

Y empecé a contar en voz baja:

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

—¡Leo! —gritó Benito al pie de la escalera—. ¡Han dejado un pedido en mi puerta!

Esperé a que volviera a su casa, antes de subir yo a la mía. Mis amigos y yo guardaríamos su secreto.

Tres niños, un vecino malaspulgas y un legendario pez japoños viven en este viejo edificio donde no dejan de ocurrir locos y extraños sucesos que ponen patas arriba la vida de sus habitantes. ¿Quién es el responsable de tanto desastre? Leo, Julia y Hugo no están dispuestos a quedarse de brazos cruzados e inician una investigación para resolver el misterio.

«Madros, Buitros y pistachos» es un libro de aventuras que nos habla de la familia y la empatía y el respeto a la diversidad sexual.

Financiado por:



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL
Y DEPORTES



Confederación Española de Asociaciones de Padres y Madres del Alumnado

Puerta del Sol, 4 - 6º A / 28013 MADRID / Tlf. (+34) 917 014 710
ceapa@ceapa.es / www.ceapa.es